



carlos amir:

elecciones sin presos políticos

por guzmán farías

LAS TORTURAS Y EL CONFINAMIENTO

Amir representa en cierto modo un símbolo de la época. Primero torturado con sádico refinamiento en la Jefatura para que dijera ser lo que no es, sometido a la discrecionalidad policial durante el período de "suspensión de garantías", exonerado de cargos y decretada su libertad por la justicia, confinado en la cárcel del CGIOR que alguna vez fue cuartel, cualquiera diría que es una víctima del régimen si no advirtiera de inmediato que la palabra víctima no fue hecha para él.

OPERATIVO "FRAZADAS"

—Apenas se inició mi interrogatorio, en el Departamento 6, ya empezaron a pegarme. Las preguntas, entonces y después, no variaban mucho. "Mirá que ya sabemos bien lo que sos. Ahora decinos todo lo que sepas de la organización. ¿Cuándo te integraste al MLN? ¿Quién es tu contacto" Yo, claro, nada tenía que ocultar, así que nada les podía decir. El oficial que hacía las preguntas me hizo levantar y me pegó unas cuantas trompadas en el estómago y en los riñones.

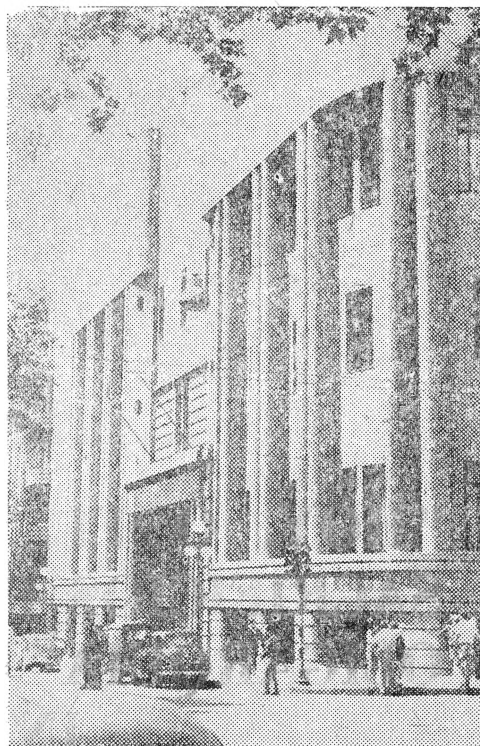
—¿Ese primer interrogatorio duró mucho?

—No, fue cortito. Después sí, hubo otros más largos, con presiones psicológicas de todo tipo. Te hacen parar al costado de una mesa, o arrinconado, mirando la pared. Hablan entre ellos: le damos, no le damos, te dan alguna que otra, te patean los tobillos; o si no te obligan a hacer plantones.

—¿Dónde te interrogaban?

—En un cuartito del 4º piso, al final del pasillo a donde dan las celdas. Hubo muchos interrogatorios, ya ni me acuerdo cuántos. Muchos puñetazos, muchos plantones. Piernas separadas,

brazos extendidos sosteniendo algo pesado, así durante horas. De día, en las madrugadas, con diferentes tiras. No tenían apuro. "Total, tenemos 40 días", me decían. Hasta que vino el asunto de las frazadas.



Esperá un poquito. ¿A vos te parece que todos los que están allí saben por lo menos que se maltrata, que se tortura?

Sí, claro. Todo eso les parece normal, forma parte del trabajo de algunos. Al final lo que más te impresiona es el cinismo. Están insensibilizados. Respetan sobre todo el coraje y hablan con cierta admiración de algunos "tupas", pero dicen que en última instancia son unos asesinos y que ellos, como compañeros de los policías que han caído, tienen la obligación de vengarlos. Ideológicamente no tienen otro fundamento que el orden. A veces, conversando con ellos, les planteaba el asunto de las causas del desorden y les ponía el ejemplo, no ya de los estudiantes, sino de trabajadores, hombres con su familia formada, que salen a la calle por un conflicto gremial. O por qué la policía, que defiende el derecho de los ricos, no está formada por los hijos de los ricos. No tienen respuestas. El caso del torturador es distinto. Es un sádico, un enfermo. Por ejemplo, el que dirigía el "operativo frazadas".

—¿Cómo fue eso?

—Cuatro días después de mi detención me hicieron salir, por la noche, de mi celda. "Llevá las frazadas —me dijeron—, que las vas a necesitar".

—Pensaste que te iban a cambiar de lugar.

—Supuse que iba a ser un interrogatorio extenso y que me querían tener a mano. Me llevaron al cuartito, me hicieron poner en posición de plantado, frente a un foco de luz muy intenso, me hicieron bajar los brazos contra el cuerpo y me envolvieron con las frazadas. "Ahora vamos a charlar un rato largo —me dijo el oficial— y si la cosa no avanza te seguiremos agregando frazadas." Prendieron una estufa y siguieron con las mismas preguntas de siempre.

—¿Cuántos eran? Estaban encapuchados?

—No, a cara descubierta. Eran cinco, después algunos más. Luego me enteré de que en algún momento trajeron a Lucía Topolanski, la que vivía en la casa de mi amigo. Yo no la vi. Me envolvieron las piernas, empezaron a fumar un cigarro tras otro, el aire se puso espeso. 22 de enero, mucho calor. "Si fuera en invierno el tratamiento lo hacíamos hielo; ahora es con frazadas." Ellos se quitaban la ropa y a mí me seguían agregando abrigo. Al final ya aceptaban que yo no estuviera en el MLN, pero querían que por lo menos les dijera que la noche del allanamiento yo me iba a integrar a él: algo, cualquier cosa que los conformara.

—Aparte del calor ¿qué más sentiste?

—La cosa fue larga; duró tres o cuatro horas. al principio sólo sentía calor, pero después, con el ruido permanente y el aire viciado, empecé a marearme. "Acá llegan más donaciones", decían y continuaban envolviéndome con frazadas. Cuidaban de que no me entrara nada de aire. Alguno me cubrió la cabeza. "Loco, dejale la boca abierta por lo menos, por si quiere hablar." Me explicaban lo que iba a sucederme: "Ahora te vas a deshidratar, vas a perder los líquidos. Si hablás, esto se termina enseguida. Si no, te dejo acá. Yo ahora me voy y vuelvo mañana a las ocho." Yo sentía que me faltaba el aire en los pulmones, que cada vez respiraba más arriba. Trajeron una botella con agua y la volcaron delante de mis ojos, despacio. Yo al final no entendía nada. Me dieron unas cachetadas para reanimarme y al

final me caí, medio desvanecido.

—¿No temían que te pasará algo peor?

—Supongo que algunos sí, porque sabían que tengo una afección cardíaca. Pero el principal de ellos me decía: "Ahora ya no usamos la picana. Esto es mucho mejor, no deja marcas. Si te llegaras a morir, nosotros no tenemos nada que ver. Lo único que pasó es que un detenido falleció en su celda, de muerte natural." Ese al final estaba como enloquecido. Cuando me caí, oía como voces lejanas. De repente abrí los ojos y me lo veo encima, sacudiéndome la cabeza y gritándome algo, los ojos desorbitados: "¡Decí que sos tupamaro, decí que sos tupamaro!", repetía.

—¿En ningún momento se te ocurrió mentir, aflojar para que te dejaran tranquilo?

—En lo único que podía haber aflojado hubiera sido en pedirles agua, en vez de no pedirles. ¿En qué más? Después viene la parte del tira bueno. El que te dice que para qué te vas a hacer matar, que los demás ya te jodieron, que te conviene hablar. "¿Querés agua?" Cuando le dije que sí, llamaron al otro. Me dieron un sorbito. Para que pudiera aguantar un rato más, me dijo. "Pero no exageren. No sea cosa que le venga congestión. ¡Infarto-sí, congestión-no!", empezaron a corear, como una consigna callejera.

—¿No sentiste miedo?

—Bueno, ahí aparece lo que de revolucionario, lo que de la nueva sociedad tiene uno. Y sobre todo sabés que no te pueden doblar cuando ves qué poca cosa son, lo irrecuperables, lo sádicos que son.

—Después te dejaron tranquilo.

—Relativamente. Al otro día, a las siete, de nuevo plantón con piernas abiertas y brazos extendidos. Como enseguida me caí (estaba muy debilitado), el encargado de vigilar me asustó. Se veía que era un muchacho nuevo. Le dije que no se preocupara, que no era culpa de él. Me hizo recostar, me trajo agua. Ese tira tenía algunas reservas de humanidad, creo. No es igual que otros, con años de oficio, gente insensible, incluso con muertes encima. En esos, todo lo que sea sentimientos de solidaridad está muy venido abajo. Bueno, me llevaron a la celda. Recién al otro día me di cuenta de que tenía toda la piel arrugada. Me vio un médico, le conté lo que me había pasado y al otro día me llevaron al Hospital Militar, donde me hicieron un electrocardiograma.

—¿Qué dijo el médico?

—Ah, nada. Como si no me hubiera escuchado. Después los interrogatorios siguieron, ahora más espaciados. Pero siempre con plantones. Y siempre con las mismas preguntas. Hacia el 18 de febrero me llevaron al juez Guillot, y cuando le narre los detalles de la tortura se sorprendió. "Esa no la tenía", comentó. Se ve que el sistema de las frazadas es algo nuevo. El juez decretó mi libertad y unas horas después me llevaron al CGIOR, junto con seis o siete más.

LA VIDA EN EL EX-CUARTEL DEL CGIOR

Lo que Amir cuenta sobre la vida en el CGIOR ha sido divulgado gracias a los comunicados de los propios presos políticos que en esa nueva cár-

cel del sistema se hacinan. Pero es útil recoger algunos detalles reveladores del espíritu militante y activo que hay detrás de los muros de esa Bastilla montevideana.

—Cuando llegué al CGIOR los reclusos eran unos veinte. Después, como se había terminado la suspensión de garantías y hubo que vaciar la Jefatura, llegamos a ser entre 49 y 51.

—¿Qué capacidad normal tiene el barracón del cuartel?

—Ahí podrán caer, sin apretarse, unas veinte personas. Mide seis metros por quince. Tiene dos ventanas grandes que dan a la plaza de armas y dos banderolas chicas. La población varía, pero llegamos a dormir los 51 en el mismo cuarto, sobre el piso. No, allí no hay cuchetas. Dormís sobre el colchón; te lo dan a las siete de la tarde y lo tenés que devolver a las siete de la mañana siguiente. El problema que sentís de inmediato es el hacinamiento. Además se fuma mucho, el aire está siempre viciado. La gente conversa o duerme a horas distintas; no se puede descansar bien.

—Y durante el día ¿qué hacen?

—Bueno, cuando no se sale al patio se camina, se juega a las cartas —hay una mesa larga y unos bancos—, conversamos. Allí se comparte todo: la inquietud y las cosas. Hay organización interna. Nos repartimos el trabajo, e incluso trabajar te hace bien, te distrae. No se puede leer diarios ni libros de temas políticos actuales; hay censura. A veces algunos dan charlas sobre historia, sobre religión...

—¿Sobre religión?

—Sí, como cuando cayeron allí Cáceres y Sámandú, los dos seminaristas.

—¿El barracón es el único lugar donde pueden ser alojados los presos?

—Ahora hay dos cuartos más habilitados, chicos y también sin ventilación. Hay muchos otros

cuartos vacíos que pueden ser habilitados.

La vida se desliza, monótona y sucia. Se ha destinado un solo baño para todos los reclusos, que también utiliza la tropa. Los caños se tapan con frecuencia. Hay dos pozos y dos mingitorios. El agua para el lavado de platos, fuentes y utensilios sólo se recoge de allí. La comida es pobre en proteínas: un plato de agua caliente con fideos (nunca arroz), otro con un guiso sancochado; la dieta no contiene carne ni verdura frescas, huevos, frutas, ni se puede enriquecer con lo que llevan los familiares. La "sopa" y el guiso se alternan una vez por semana con el clásico menú del soldado: "pirón con tumba, tumba con pirón". Sólo que el soldado cumple su horario, cena en su casa o subsana afuera las carencias de adentro. La asistencia médica es deficitaria; ahora, luego de las presiones y las protestas, es cotidiana. Los enfermos más comunes son los asmáticos. Allí los bronquios y las vías digestivas son los que primero sienten el rigor del confinamiento. Los remedios deben llevarlos los familiares, pero eso a los uruguayos no nos sorprende: lo mismo pasa en los hospitales. El único tratamiento para la gastritis y las diarreas consiste en cambiar la comida habitual por churrascos y arroz.

• —El comando —teóricamente formado por el coronel Gallardo, el subjefe y un mayor; en la práctica quien decide es Gallardo— no recibe a los detenidos que desean plantearle algo personalmente. Sólo recoge los reclamos a través de los oficiales de guardia. La tropa tiene prohibición expresa de dirigir la palabra a los reclusos. Seguramente eran solidarios con nosotros cuando protestamos por los gusanos en la comida, que es la misma de ellos. Pero cumplen con la consigna militar: disciplina y obediencia.

—¿Y los oficiales?

—Con ellos la cosa es más sutil. Primero porque veían que aquello se había convertido en una



cárcel; segundo porque reconocían la justicia de algunos reclamos que no eran atendidos por Gallardo; además en ellos está muy arraigado el respeto a la Constitución y ven que están pasando cosas desacostumbradas, que el respeto a la Constitución no tiene por qué ser contradictorio con el bienestar del pueblo.

—Explicame un poco más.

—Quiero decir esto. Ahora que ven a un general respetado, militar correctísimo, al frente de un movimiento popular como el Frente Amplio, aprecian las cosas con un criterio distinto. Están aceptando que el ejército pueda tener otro sentido: servir de apoyo a un gobierno de base popular.

—Me gustaría que me hablaras de la composición de los presos políticos. Supongo que en su gran mayoría serán estudiantes, dirigentes sindicales, ex-reclusos de Punta Carretas...

—Ahí tenés: no sólo está esa gente. Allí se ve con claridad que por la situación social y política general cada vez hay más personas dispuestas a cambiar el rumbo del país. Antes los que luchaban en forma más radical eran los militantes de izquierda, que seducidos por sus ideales más que afectados personalmente por la miseria, salían a la calle a sacudir la conciencia colectiva. Pero eran una minoría. Hoy llama la atención esto: no son los "iluminados" los que están presos. Son gente común, que quizá no conocen lo que se puede lograr en un régimen socialista. No se mueven para conseguir para el Uruguay un sistema de vida similar al de países extranjeros: son empujados por su propia situación. Aquí no corre más el argumento de las "ideas foráneas". En el CGIOR había y hay obreros, empleados, trabajadores de todo tipo, que sintieron la necesidad de protestar y de movilizarse porque viven en carne propia la injusticia.

LAS ELECCIONES Y LOS PRESOS

—¿Puede haber elecciones con presos políticos?

—Mirá quienes hemos militado en los sindicatos o en la lucha política, hemos desarrollado nuestra actividad en forma permanente, no a tres meses de las elecciones. Si fuimos confinados fue porque de algún modo queríamos cambiar las cosas. Yo, estoy seguro, estuve preso porque es conocida mi militancia sindical. Ahora, cuando el régimen acepta que es el tiempo de elegir, a esos luchadores no se les puede negar el ejercicio de una opción que también tiene el mismo signo: influir en un cambio en la conducción del país. Para los presos políticos, entonces, la igualdad ante la ley no es más que una burla. A la oligarquía le molesta cierto tipo de militancia que afecta su sentido del orden y sus intereses, y por esa trata de impedirla o de frenarla.

—Pero la militancia sigue creciendo...

—Claro, pero el régimen quiere limitarla por varias vías. Primero, impidiendo que por un tiempo algunos continúen en la lucha, dejándolos pudrir en los cuarteles. Segundo, intimidando a quienes siguen en la brecha, con los confinados como advertencia de lo que les puede suceder: ser torturados, denigrados, segregados del mundo y de

sus seres queridos. Y lo hace en un momento de especial peligro para su propia supervivencia: cuando ve que miles de personas pacíficas, que siempre fueron en apariencia indiferentes ante la coyuntura política, se integran activamente al Frente Amplio y a los comités de base. Por eso confinan a los pegatineros y a los brigadistas del Frente. Lo que hay que remarcar, no obstante, es el deterioro de la superestructura jurídica del país. Todos los que estuvimos o están presos, lo están después de que la justicia decretó su libertad. Ya casi es aburrido señalar hasta dónde llega el Poder Ejecutivo en su tarea de no respetar los derechos individuales. Pero siempre es bueno destacarlo: en este país, todo el que ejerza alguna clase de militancia social o política es un preso político en potencia.

—¿Y eso debe desanimar a un militante?

—Al contrario. Lo digo justamente porque lo que dentro del cuartel se mantiene con más firmeza es la decisión de continuar la pelea. Allí todos se sienten cercanos a lo que pasa afuera. A partir del 26 de marzo, por ejemplo, los familiares que nos visitaban traían un optimismo mayor, y a todos se nos contagiaba ese sentimiento de solidaridad y de esperanza colectiva. Pero sobre todo una se siente reafirmado y fortalecido por el propio hecho de estar preso. Hay tiempo para repensar lo que se hizo, por lo que se luchó y, sobre todo, de comparar los motivos de sus acciones con la respuesta del régimen. Uno piensa que fue torturado. O que perdió su empleo. O que otro compañero pudo ser baleado en una manifestación. Del lado de enfrente no se encuentran argumentos, sino la más cruda represión. Una respuesta mecánica a una protesta de la razón. Eso, lo único que hace es justificarnos.

—Pero habrá momentos de depresión, de decaimiento...

—Sí, pero sólo en aquellos que piensan en lo que su confinamiento puede significar para su familia. En los que son el único o el principal sustento de su caso. Eso te habla de la calidad humana del preso político. Nadie dice "¿Por qué me habré metido?"; sólo se preocupan por lo que pueda estar sucediendo a sus hijos, a sus esposas o a sus padres.

—¿Se sienten como seres realmente segregados del mundo? ¿O creés que de alguna manera pueden influir en la vida que se desarrolla fuera de los portones?

—Nos preocupamos por hacer saber afuera la firmeza de nuestra situación anímica. Que sabemos hacer respetar nuestra dignidad de hombres, aun en las peores condiciones. Esa es la única actitud posible de un revolucionario.

—¿Y qué pueden hacer por los presos los que están afuera?

—Lo que te voy a decir no son simples palabras. Saber que existe una movilización por la libertad de los presos políticos es algo que reconforta de veras. Además existe una acción más cercana y directa, la del Comité de Familiares. Pero todo lo que sucede afuera —el crecimiento del Frente Amplio, la procesión inmensa cuando el entierro de Heber Nieto, la militancia en los comités de base, la actitud combativa del pueblo en apoyo de los trabajadores de CICS-SA—, todo se trasmite a los que están allí adentro, esperando.